

Manual de los cielos y sus mitos

Guía práctica para observar el cielo nocturno, sus mitos y símbolos

GEOFFREY CORNELIUS



Parte VI

Las estrellas errantes

LAS ESTRELLAS ERRANTES



«Vi la eternidad la otra noche / como un gran anillo de pura e infinita luz, /
y todo era calma cuando brillaba la luz, / e indignos de él, el tiempo en horas,
en días, y en años / movidos por las esferas.»

Henry Vaughn (1622–1695), «Eternity» de *Nature, Man, Eternity*.

Para los hombres de la antigüedad, las «estrellas errantes» (en griego, *planetes*) eran los planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, además de las dos «grandes lumbreras», el Sol y la Luna. El descubrimiento en tiempos modernos de nuevos planetas (Urano, Neptuno y Plutón) ha hecho necesario que volviéramos sobre nuestra imaginación mitológica para darles nombre. Todos estos cuerpos celestes se pasean por los campos estelares fijos a lo largo de días y meses, haciendo gala de sus contenidos mitológicos a través de sus propiedades físicas y de las posiciones que ocupan en el cielo.

Página anterior: ilustración medieval en la que las partes del cuerpo representan a los planetas. La cabeza es el Sol. La mano izquierda sostiene la Luna, y en la derecha está Júpiter. Venus, en el pecho, sostiene el corazón. Debajo está Marte, el planeta de la guerra, blandiendo una espada y un escudo. Después está Mercurio, ante una mesa, con una bolsa de monedas entre sus manos. Finalmente, Saturno, que representa la edad y el tiempo,



Izquierda: el titán Atlas sosteniendo una representación de la Tierra, en una atracción de feria del siglo XIX. Atlas recibió de su primo Zeus (Júpiter en la mitología romana) el encargo de cargar con el peso del mundo (en tradiciones más recientes, eran los cielos) sobre sus hombros. En la mitología griega, la Tierra estaba representada por la diosa Gea, esposa de Urano. Los hijos de ambos eran los titanes.

EL SOL



Aunque podríamos asegurar que los mitos relacionados con el Sol constituyen un reflejo de la imaginación humana, parece ser que tales conceptos llegaron a tener un estatus diferenciado en las culturas agrarias sedentarias. El antiguo Egipto, en los albores de la civilización, es uno de los mejores ejemplos de ello. Una de las deidades más reverenciadas en Egipto era Horus, el dios con cabeza de halcón, hijo de Isis y Osiris. Su simbolismo podría reflejar una concepción prehistórica según la cual el Sol se asociaba con un cazador celestial, omnividente como el halcón, cuya agudeza visual es de todos bien conocida. Asimismo, se le había reverenciado como gran dios celeste: el Sol y la Luna eran sus ojos.

La luz y la vista parece que se han convertido en una metáfora universal para la revelación, la profecía y la verdad, tal y como demuestra el dios del sol griego Apolo, cuyo oráculo se hallaba en Delfos. Que haya sido asociado con la corneja o el cuervo es un reflejo del simbolismo del ave de vista aguda (véase pág. 125).

Más allá de la simple observación del Sol como fuente de luz aflora la idea de regularidad, de orden y de retorno, que a menudo se ha simbolizado con ruedas o carros, tal y como

aparecen en el mito del dios-sol Helios y su revoltoso hijo Faetón (véase pág. 78).

El orden cíclico del Sol implica dos ritmos simbólicos paralelos: el diurno y el de las estaciones. El ciclo diurno está muy presente en la mitología egipcia. El Sol tenía diferentes nombres y significados según la posición que ocupaba en el cielo. El disco solar se veneraba bajo el nombre de Atón; en la aurora, el Sol era el



Esta talla de marfil muestra el nacimiento del dios solar egipcio, Horus. En algunos ejemplos, su ojo izquierdo representaba al Sol y el derecho a la Luna.

dios Jepri, el escarabajo sagrado; a medida que se elevaba por el cielo en dirección al meridiano, el Sol se convertía en el gran dios creador Ra; cuando se ponía y durante la noche, se convertía en Atum. Ra también se mostraba en el ciclo completo del Sol, cruzando el cielo con una Barca Solar. Un tema recurrente relacionado con el dios solar es la idea de renacimiento: tras la oscuridad de la noche, el Sol

nace de nuevo cada mañana y se levanta para convertirse en rey conforme asciende, hasta llegar al máximo esplendor al mediodía.

El ciclo de las estaciones también ha generado mitos de renacimiento. La interpretación naturalista de los mitos realizada por el erudito James Frazer (1854-1944) aporta un argumento muy convincente, según el cual numerosos mitos son una racionalización del orden de las

estaciones y de los ciclos agrícolas asociados a ellas. Uno de los símbolos solares mejor conocidos es el sigilo de Cáncer (véase pág. 14), directamente derivado del jeroglífico egipcio para el escarabajo Jepri cuyo significado es más estacional que diurno: la aparición del escarabajo cada año después de las inundaciones del Nilo confirma la fertilidad de la tierra y el ciclo de la creación (véase también pág. 50). Este rol presenta su reflejo en el zodíaco trópico, que marca la mitad del año, en el verano del norte (invierno en el hemisferio sur), el 22 de junio, cuando el Sol entra en el signo de Cáncer.

La concepción cíclica del Sol encuentra su expresión en el «héroe solar», un personaje simbólico que emprende una serie de acciones que simbolizan las diferentes estaciones del ciclo solar. Los mitógrafos clásicos convirtieron estas acciones en doce aventuras, análogas a los 12 signos del zodíaco. El más conocido de estos héroes era el griego Heracles (véanse págs. 82-83) y sus 12 trabajos.

Gracias al desarrollo de la observación astronómica, el Sol fue adquiriendo una importancia cada vez mayor en su papel de regulador de los movimientos celestiales, sobre todo en lo que se refiere al movimiento de los demás planetas. Un pasaje en la obra *Trillo y Crésida* de Shakespeare refleja la concepción medieval «del glorioso planeta Sol», entronizado en el corazón del gran diseño celestial del «grados, prioridades y lugares, / insistencia, dirección, proporción, estaciones, forma». El poder de dirigir y ordenar también se supone que son los poderes del monarca, por lo que no resulta extraño que los reyes de todas las

épocas hayan tendido a identificarse con imágenes solares. Desde los primeros períodos dinásticos, los faraones egipcios recibieron el título de «hijos de Ra». Pero en el siglo XIV a. C., el faraón Akenatón (Gloria de Atón, el disco solar) expulsó a todos los demás dioses del panteón y se declaró a sí mismo intermediario entre la humanidad y el Sol, que pasó a ser el único creador divino.

Un milenio y medio más tarde, encontramos un desarrollo similar en el Imperio Romano tardío, encarnado en el mitraísmo, procedente de Persia. El dios toro Mitra, también llamado Helios («Sol»), se asociaba con la constelación de Taurus, ocupada por el Sol durante la primavera de todos los años en esa época (véanse págs. 106-107). Los valores de fuerza y virtud de Mitra hicieron que éste fuera un culto extendido entre los militares; aunque, indirectamente, en esencia fue esta forma religiosa la que creó las condiciones a partir de las cuales se desarrollaría el culto de estado al Sol, en cuyo ápice se encontraba la figura del emperador, y que se consolidó en el siglo III d. C.

Abalorio de jade maya que representa a un dios solar. El mito solar de los mayas cuenta que el Sol quiso impresionar a una joven tejedora, llevándole un ciervo cada día. El abuelo de la muchacha se opuso a la unión, por lo que el Sol se transformó en un colibrí que cazó el abuelo. La muchacha le cuidó hasta devolverle la salud y se transformó en la Luna. En otra versión, los dioses desterraron al Sol y a la Luna a permanecer en el cielo, como castigo a la carnalidad de la Luna.



LA LUNA



Los ángulos cambiantes de la posición de la Luna respecto del Sol y de la Tierra (sus fases) son universalmente conocidos. Por lo general, designamos con el nombre de Luna nueva el creciente tenue de la Luna sobre el horizonte occidental, después de la fase de Luna nueva astronómica (cuando el satélite se ha oscurecido completamente). La posición favorable de la Luna nueva marca el primer día de los calendarios lunares.

De hecho, los primeros calendarios que existieron eran lunares y no solares. Las fases lunares no sólo constituyeron el primer cómputo del tiempo transcurrido más allá del día y de la noche, sino que también era crucial para los cazadores, para quienes la luz de la Luna llena era tan buena como la diurna para cazar. Las estaciones del año solar empezaron a adquirir importancia para las sociedades agrícolas sedentarias. Una clave para esta función prehistórica de la Luna se encuentra en el dios lunar egipcio Thot, representado, algunas veces, con forma de babuino con un cuarto creciente en su cabeza. A Thot se le encargó el cuidado del calendario y la difícil tarea de cotejar un año lunar de 13 meses con 29 días y medio cada uno con el año solar de

365 días. Este problema se resolvió gracias al uso de la *intercalación*, es decir, la inserción de un decimotercer mes lunar.

En la mayoría de los casos, la Luna siempre se ha considerado un astro femenino, por lo que Thot constituye una rara excepción. Su influencia sobre el ciclo menstrual (del griego *menses*, «Luna») la ha asociado con la fertilidad y el nacimiento.

Un motivo frecuente en las representaciones de la Luna es el de la diosa triple, a la que se atribuyen diferentes papeles, ya sea como tres Nornas o tres brujas. Éstas representan la fase creciente, la fase llena y el misterioso oscurecimiento de la Luna. En la mitología griega, la diosa Artemisa, representada con un arco de caza, simbolizaba el cuarto creciente; Selene es la Luna llena, y Hécate corresponde a la fase oscura de la Luna.

La historia de Selene y Endimión evoca el misterio del mundo lunar nocturno. Endimión era un hermoso pastor. Enardecida por el deseo, la diosa lunar bajó de los cielos y se acercó al prado donde dormía el pastor. Endimión no se despertó para ver sus formas plateadas; descansa en un trance eterno que lo mantiene con vida, y la Luna acude cada noche para dormir con él.



La Luna creciente era un símbolo de buena fortuna. En esta vasija inca, el cuarto creciente cuelga del cuello de la figura que sostiene otras vasijas en sus manos.

MERCURIO



El nombre griego de este planeta era «la estrella de Hermes», el mensajero de los dioses, equivalente al dios Mercurio en la mitología romana. Este planeta se encuentra muy cerca del Sol, y su movimiento de traslación es relativamente rápido. Debido a su posición próxima a la luz cegadora del Sol, es un planeta difícil de divisar en el cielo. Todas estas características parecen encajar perfectamente en su papel de mensajero de pies alados. El griego Hermes era un hábil dios, patrón de los carteristas y ladrones. Estaba maravillosamente dotado: antes de que cayera la noche el día de su nacimiento, Hermes ya había inventado la lira (véase pág. 89).

El precursor mesopotámico de Hermes fue Nabu. Nabu y su esposa Tashmetum fueron los inventores de la escritura, y cada año, cuando se decidía el destino de cada ser, Nabu grababa las decisiones de los dioses en tablas sagradas.

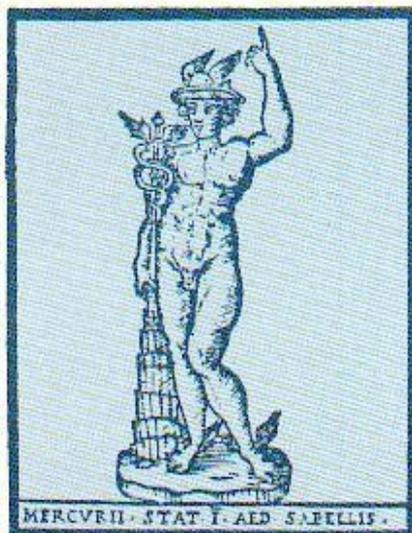
Hermes también se ha identificado con el dios egipcio Thot, que empezó su existencia siendo el dios lunar (véase pág. 152). Thot era el mensajero de los dioses, y custodio de sus hechos, del mismo modo que Hermes atendía a los dioses del Olimpo. Enseñó a los mortales

las artes y las ciencias, incluidos los jeroglíficos, con los cuales podían registrar sus inventos. Fue el primer mago, y sus fórmulas mágicas tuvieron fama de ser capaces de dominar las fuerzas de la naturaleza. Gracias a este poder, más adelante Hermes recibió el título de Trismegisto, es decir, «Hermes Tres Veces Grande». Se le identificó con el padre mítico del linaje de los misterios judaicos, cristianos y

paganos de las culturas europeas y de Oriente Medio. Se le conocía con el nombre de Mercurio durante la Edad Media latina: en parte figura de Cristo, en parte truhán y guía sutil de alquimistas y magos.

En diferentes lenguas europeas encontramos la raíz latina de Mercurio en palabras tales como comercio y mercader. La traducción literal de la palabra griega Hermes es «montón de piedras», proba-

blemente relacionado con la costumbre de marcar caminos y senderos con piedras, a las que los viajeros iban siempre añadiendo más piedras. Las dos culturas clásicas encuentran su punto de contacto cuando se sabe que, históricamente, los viajeros a menudo eran mercaderes, que llevaban a cabo sus periplos para intercambiar sus productos.



Grabado que representa a Mercurio llevando el caduceo (una vara en la que se enroscan dos serpientes), con un sombrero alado y con sandalias aladas.

VENUS



En las culturas que han heredado elementos de la astrología y la mitología grecorromana, Marte y Venus (Ares y Afrodita respectivamente en la mitología griega) representan los principios masculino y femenino, es decir, el amante y la amada. Sin embargo, y sobre todo en el caso de Venus, conviene tener conocimiento de las complejidades que encierra este tipo de asociaciones.

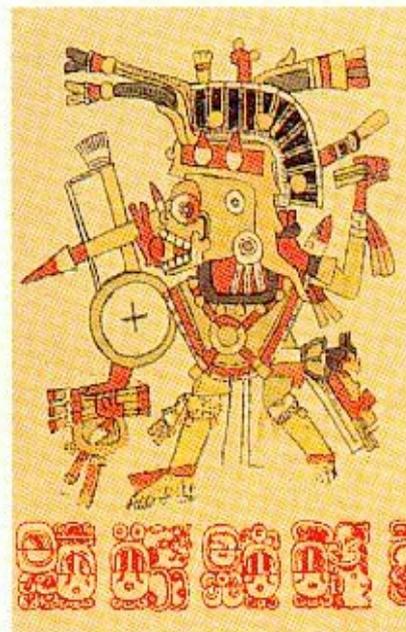
Venus es un planeta luminoso, es el cuerpo luminoso con aspecto de estrella más brillante del cielo después del Sol y de la Luna, que alcanza una magnitud aparente de -4.4 . De ahí que en muchas culturas a Venus se le haya asignado un papel especial. En la tradición mesoamericana, en el momento de su orto helíaco (la primera salida que se observa justo antes de la salida del Sol), Venus era el dios serpiente emplumada

Quetzalcoatl, y sus rayos resplandecientes eran las lanzas que arrojaba contra sus enemigos.

La mitología mesopotámica veía en Venus a la diosa Ishtar, que era un hombre como estrella matutina (cuando amanece antes que el Sol), y mujer como estrella vespertina (se pone después del Sol). Este lado femenino es el que fue incorporado por las interpretaciones clásicas

de Venus en tanto que diosa del amor. Para honrar el poder de Ishtar, se asignaban prostitutas sagradas y comerciales a los templos de esta diosa.

Entre las deidades griegas, Afrodita (del mismo modo que el planeta de color azul-blanco luminoso) es una de las diosas más hermosas. Su nombre quiere decir «nacida de la espuma». Cuando Cronos castró a su padre



Un códice maya que muestra al dios serpiente emplumado Quetzalcoatl, representado por Venus, la estrella matutina.

Urano y lanzó sus genitales al mar, Afrodita emergió completamente formada entre la espuma que formó el semen. Nació con el viento occidental cerca de Chipre. Los dioses veían con admiración su belleza y después le dieron la bienvenida al monte Olimpo.

Durante la celebración de una boda, la diosa Eris (Discordia) empujó una manzana dorada con la inscripción «para la más bella» hacia el interior del salón del festejo. He-

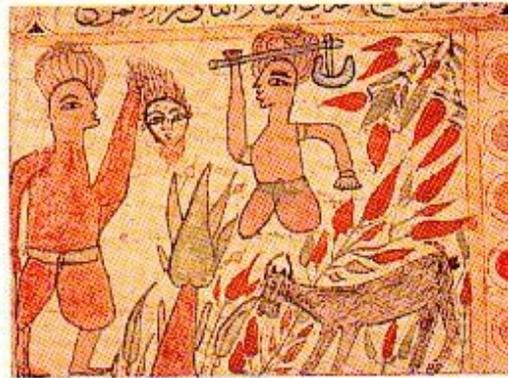
ra, Atenea y Venus reclamaron la manzana, y para calmar la disputa, el príncipe troyano Paris fue elegido para que actuase de árbitro. Cada una de las diosas se le apareció. Hera y Atenea le prometieron países y victorias. Afrodita sólo le prometió que tendría a la más bella de las mujeres (Elena de Troya) por esposa: Paris proclamó a Afrodita como vencedora en belleza.

MARTE



Marte, el planeta rojo (la «estrella de Ares» para los griegos) siempre se ha asociado con la lucha y el derramamiento de sangre. El dios romano Marte gozaba de un estatus muy elevado entre los mercenarios y soldados romanos, y no debe sorprendernos que se le rindiera culto por su cultura militarista. El color de este planeta se identifica con el fuego, la sangre y el peligro.

El Ares griego tiene su precursor en la figura del dios Nergal mesopotámico, un dios que mata a través de las guerras y de la fiebre. Su descenso a los infiernos refleja la historia de la diosa babilónica Ishtar, que se aventuró a entrar en las profundidades del infierno; y como Ishtar



Esta ilustración árabe de un manuscrito del siglo XVII muestra al dios Marte a la izquierda. Este dios era el regente del signo zodiacal de Aries.

también se identificaba con Venus, nos encontramos con una muestra muy temprana del apareamiento mitológico de estos dos planetas. El texto que ha sobrevivido está muy fragmentado, pero parece ser que Nergal insultó a Namtar, y los dioses decretaron que debía presentarse ante la diosa Ereshkigal, reina del infierno. Antes de que iniciara su viaje, el dios Ea de la sabiduría le dio una silla especial que le permitiría protegerse de las maldiciones, y le recomendó que no aceptara nada que le pudiera ofrecer la reina. Cuando Nergal llegó

ante la reina, rechazó todas sus ofertas de comida y comodidades. Sin embargo, la reina fue a tomar un baño, y regresó cubierta con un vestido que permitía a Nergal ver las formas del cuerpo de la diosa. Al principio, pudo resistirse a la tentación, pero cuando la diosa repitió su actuación «llenó su corazón del deseo de hacer lo que hacen los hombres y mujeres». Pasaron seis días juntos, y no fue hasta el sép-

timo día que Nergal regresó al mundo superior. Sin embargo, Ereshkigal amenazó con despertar a los muertos si su amante no volvía. En un arrebato, Nergal atravesó las puertas del infierno para reclamar la mano de Ereshkigal.

Según la *Iliada* de Homero (siglo VIII o IX a. C.),

Zeus describe a Ares como «un dios furioso, de naturaleza irritable y violenta». Ares era un dios despreciado por los demás dioses del Olimpo, a excepción de Eris (Discordia) y Afrodita (Venus). La última sucumbió a su pasión. Se había casado con el herrero Hefesto, pero muy pronto se sintió atraída por Ares. Helios, el Sol que todo lo ve, le contó a Hefesto lo que sucedía, y éste forjó una red invisible con la que capturó a la pareja adúltera. Después convocó a los dioses, que rieron ante la vista de los dos amantes.

JÚPITER

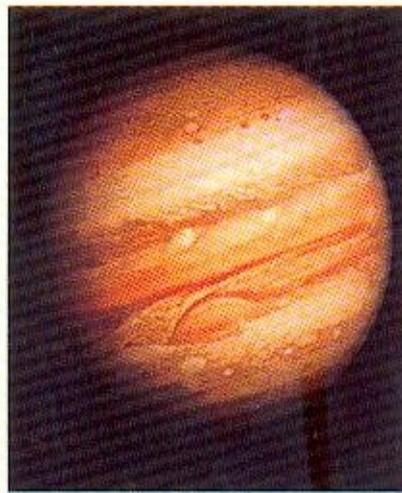


El noble gigante de todos los planetas ha sido bautizado con el nombre del dios supremo del panteón romano: Júpiter (Zeus para los griegos). Buena parte del simbolismo atribuido a este dios tiene sus orígenes en el dios mesopotámico Marduk, el dios patrono de Babilonia. Marduk era el hijo mayor de Ea, el dios de la sabiduría y señor de las aguas dulces de la Tierra. *El Epos de la Creación* mesopotámico (segundo milenio a. C.) describe el nacimiento de cuatro generaciones de dioses gestados por la cópula entre el océano de aguas saladas, Tiamat, y Apsu (la encarnación del agua dulce), que tramó matar a sus hijos. Pero, uno de ellos, Ea, mató a Apsu. Enfurecido por la muerte de su esposa, Tiamat hizo emerger un gran número de monstruos marinos. Marduk, hijo de

Ea, se ofreció a matar a Tiamat siempre y cuando los dioses le prometieran la autoridad suprema si vencía. Y los dioses probaron a Marduk. Crearon una constelación y le pidieron que la destruyera y reconstruyera con su propia voluntad. Marduk lo hizo y desde entonces fue llamado «pastor de estrellas».

El dios destruyó los monstruos de Tiamat. Partió el cuerpo de la diosa en dos y con una

mitad hizo la Tierra; con la otra, el cielo. Y estos actos le convirtieron en el supremo dios creador celeste, el título que más tarde recibiría el dios griego Zeus. El mito griego guarda muchos paralelismos con la historia de Marduk, sobre todo en el pasaje que cuenta la batalla contra los dioses primitivos y sus descendientes.



Fotografía de Júpiter, intensificados los colores, cuyo ciclo orbital es de 12 años. Se mueve a través de un solo signo zodiacal cada año, siendo ésta la razón por la que los astrólogos chinos lo denominaron la «estrella anual».

El papel de Zeus resultó cada vez más abstracto. Se le ha descrito como un ser caprichoso y lascivo, una proyección, en definitiva, de los rasgos humanos, aunque a partir del siglo V a. C., la figura de Zeus fue reinterpretada por los filósofos griegos, atribuyéndole el carácter de principio último del orden divino.

En el terreno del simbolismo de estrellas y planetas, se nos suele ofrecer la imagen del Zeus original. Su papel más importante es de la procrea-

ción, en tanto que padre de toda una legión de dioses y héroes, concebidos a lo largo de sus aventuras sexuales. Ésta es la razón por la que de las 16 lunas del planeta cuatro hayan recibido el nombre de cuatro de los amantes del dios: Ío, Europa, Ganimedes y Calisto.

En la astrología china, Júpiter es el legislador divino, y refleja en el cielo a los «nobles oficiales» de la Tierra.

SATURNO



En la mitología asirio-babilónica, Saturno, el más alejado de todos los planetas errantes (conocido por los antiguos) representa al dios Ninurta, hermano de Nergal (véase pág. 155). En una versión posterior del *Epos de Anzu* (siglo VII a. C.), Saturno se identifica como planeta del destino, una asociación ampliamente conocida por la astrología posterior. El malvado pájaro Anzu sentía envidia del poder del padre de los dioses, Enlil. Anzu codiciaba sobre todo las tablas del Destino, en las cuales estaba escrito el hado de todo ser vivo. Un día, mientras Enlil estaba bañándose, Anzu cogió las tablas y voló con ellas hasta su remota guarida. Estas tablas otorgaban a quien las poseyera un poder prácticamente ilimitado, y los dioses se desesperaron cuando se dieron cuenta de su desaparición. La sabia Ea rogó a la diosa Tierra que produjera un dios héroe de sí misma, y ésta parió a Ninurta. En la batalla que se llevó a

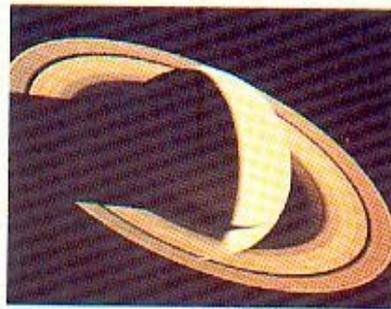
cabo después, Ninurta atravesó el corazón y los pulmones de Anzu y recuperó las tablas. Para honrar la actuación de Ninurta, los dioses invitaron al héroe a que fuera el guardián de las tablas y, en consecuencia, el custodio del destino.

La historia de Cronos, el Saturno griego, como castrador de su padre Urano es muy conocida (véase pág. 158). Cuando Urano estaba agonizando, profetizó que uno de los hijos de Cronos le destronaría. Para evitar el cumplimiento de la profecía, Cronos devoraba a sus hijos tras el nacimiento, hasta que Rea le engañó y pudo esconder a su hijo Zeus, quien más tarde cumplió la predicción.

La identidad de Saturno como señor del destino y del tiempo es el resultado de una fusión griega del dios Cronos con el dios Chronos (tiempo).

La influencia que tornó la cultura romana de este dios se produjo a través de Saturno, que originalmente había sido una deidad agrícola italiana, identificada con el primer rey de Roma. Su reinado resultó tan benevolente que fue tenido por una era dorada. Su festividad, las *Saturnalia*, constituían una importante celebración anual del solsticio de

diciembre (cuando el Sol entra en Capricornio, el signo zodiacal gobernado por Saturno). Estas festividades se caracterizaban por las orgías festivas a las que se entregaba la población. Estas festividades son el precursor de la celebración de la Navidad.



Saturno, con sus célebres anillos, es el planeta de movimiento más lento, de acuerdo con su mítica asociación con la edad y el tiempo. El planeta también se asocia con el plomo, un tributo a su pausada y trabajosa movilidad. Tanto en la tradición china como en la europea, el dios se encarnaba en la figura de un anciano.

LOS PLANETAS MODERNOS

Más allá de la órbita de Saturno se encuentran los llamados planetas «modernos», demasiado distantes para poder ser observados a simple vista. Sin embargo, al bautizar estos nuevos planetas con los nombres de los dioses, la imaginación humana se ha mantenido fiel a la antigua actitud simbólica que generó la mitología estelar.

Urano, que brilla a magnitud 6, fue descubierto en el año 1781. En un principio, este planeta fue bautizado como Herschel, el nombre de su descubridor, el astrónomo inglés William Herschel (1738-1822), y el sigilo del planeta es un juego con la letra «H» (véase pág. 19). Herschel mismo quiso bautizarlo con el nombre de *Georgium Sidus* («la estrella de Jorge»), el nombre de su patrón Jorge III. «Neptuno» fue otra alternativa propuesta para nombrar a este planeta, y también la horrible solución de compromiso «Neptuno de Jorge III».

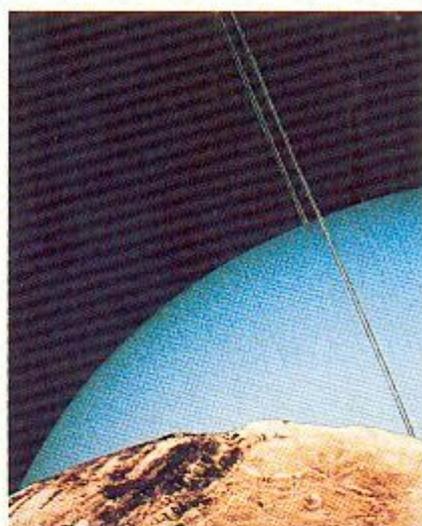
El nombre que finalmente fue aceptado a mediados del siglo XIX había sido propuesto por el astrónomo alemán Johann Bode (1747-1826). Su sugerencia de bautizarlo con el nombre de Urano, el dios celeste original y el primer padre, parece, visto en retrospectiva, una elección acertada. Este nombre equilibra con

elegancia el mito y la ciencia, porque el orden de los planetas, a medida que se alejan del Sol, refleja la sucesión de las generaciones divinas: Urano era el padre de Saturno (Cronos para los griegos).

La historia del dios Urano es uno de los temas más espectaculares de la literatura clásica. Del caos primordial emergía la diosa Gea y de ella nació el dios celeste Urano. Copuló con su madre para engendrar los gigantes de cien manos, a los cíclopes de un solo ojo y después a los siete titanes. Urano odiaba a su descendencia y los empujó a todos al infierno. Gea, sedienta de venganza, elaboró una afilada hoz y dio instrucciones a Cronos, su hijo recién nacido, para que

castrara a su padre. Una vez consumada la venganza, Cronos lanzó los genitales de Urano al mar (véase pág. 154).

Una vez se ha situado a Urano, es posible entender una lógica poética en los demás nombres de los planetas. **Neptuno**, el recién llegado de magnitud 8, descubierto en 1846, fue fácilmente aceptado. De los ancestros de Júpiter, la única divinidad de primer rango que falta en nuestro conjunto planetario es Cibeles u Ops (Rea en la mitología griega), porque esta



Aquí, el planeta Urano se yuxtaponen a la superficie de Miranda, el más pequeño de sus cinco satélites principales.

diosa carecía de la autoridad que confería la herencia patrilínea dominante. Este campo se hallaba, pues, despejado para que lo ocupara la dinastía fundada por Júpiter, y sobre todo su poderoso hermano Neptuno, un rival de Júpiter en dignidad aunque no en autoridad.

En el mito griego, tanto Urano cuando agonizaba como Gea, la diosa Tierra, profetizaron que Cronos sería depuesto por uno de sus propios hijos. Éste resultó ser Zeus, que liberó a sus hermanos en una guerra contra su padre, a quien venció y desterró para siempre.

Una vez terminada la batalla, Zeus y sus hermanos Poseidón y Hades (Neptuno y Plutón para los romanos) echaron a suertes cuál de ellos gobernaría el cielo, cuál los mares y cuál el infierno. Zeus ganó el cielo; Hades, el infierno, y al hosco Neptuno se le asignó el reino de los mares. Allí deseó a la ninfa Anfítrite, pero ésta huyó a las montañas del Atlas para escapar del dios. El delfín mensajero la convenció para que regresara y, en señal de gratitud, Poseidón los situó en el cielo, donde forma la constelación de Delphinus (véase pág. 126).

Poseidón es una divinidad pelágica cuyos orígenes se remontan a los primeros tiempos de Grecia. A este dios se le dedicaban caballos y fue él quien domó al caballo alado Pegaso (véanse págs. 94-95); tenía caballos blancos que en ocasiones se vislumbran en las crestas espumosas de las olas del mar.

El descubrimiento de **Plutón** en 1930 estuvo inspirado por Percival Lowell (1865-1915), el fundador del observatorio Flagstaff en Arizona. Venetia Burney, una niña de ocho años a quien le apasionaba la mitología, eligió el nom-

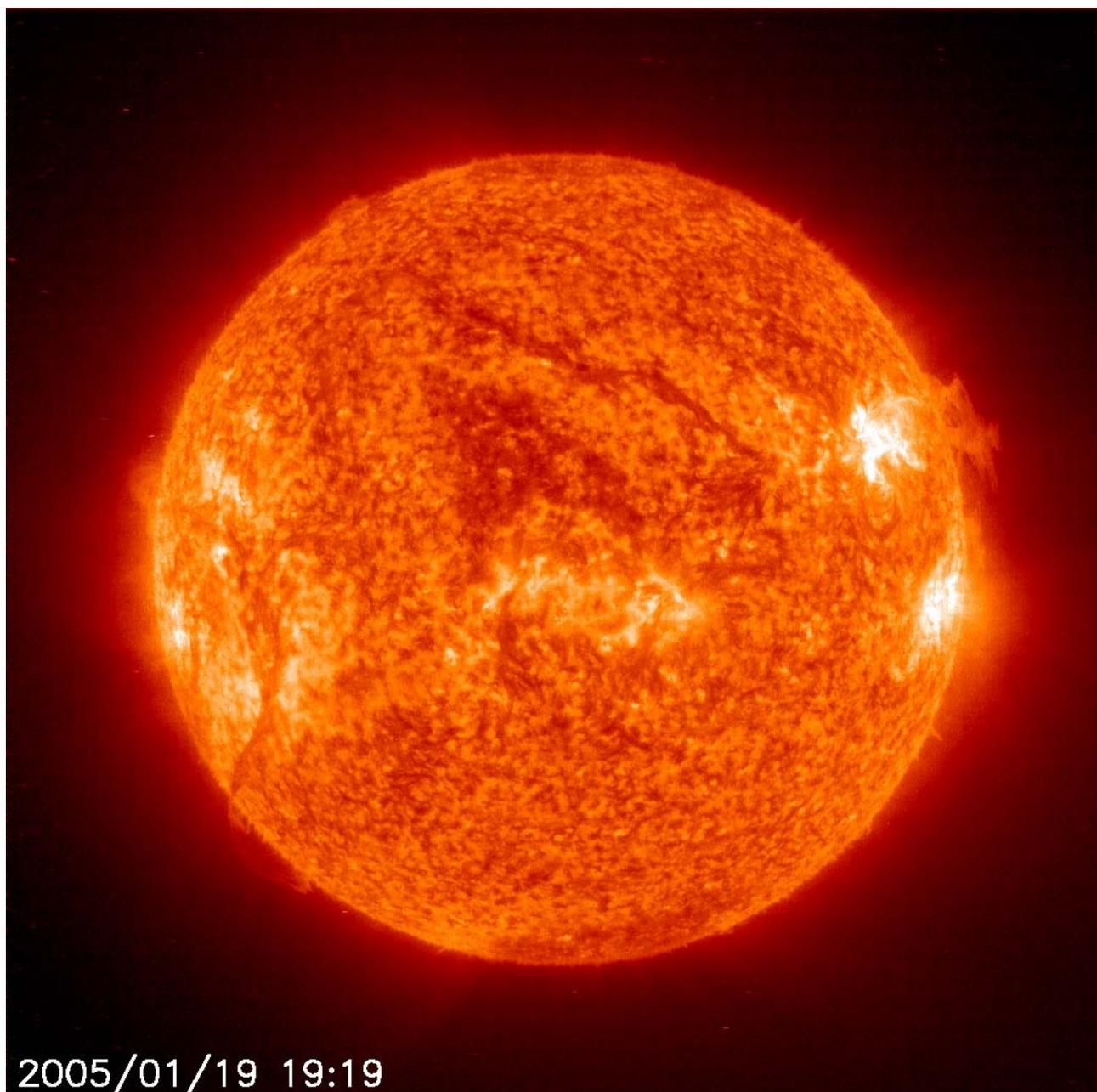


Un antiguo mosaico romano muestra El triunfo de Neptuno, el dios del mar. Montado en carro, el dios porta un tridente, de donde se toma el sigilo del planeta. Homero llamó a Neptuno «el temblor de la Tierra» porque se decía que cuando el dios brandía el tridente, la tierra temblaba.

bre. Su padre contactó de inmediato con un profesor de astronomía, que transmitió la idea a la Royal Astronomical Society, desde donde llegó a Flagstaff. Por una extraña casualidad, el nombre del planeta refleja las iniciales de Percival Lowell: el sigilo (véase pág. 19) combina las letras P y L.

El remoto Plutón lleva el nombre adecuado. En la mitología, a Hades (el equivalente griego de Plutón y hermano mayor de Zeus) le tocó el reino del infierno por suertes. Éste es el lugar de la muerte, prohibido a todos los seres vivos. Hades visitó en muy pocas ocasiones el mundo superior, aunque emergió en una ocasión para raptar a la hermosa Perséfone (Proserpina) y conducirla a su reino, donde se convertiría en reina a su lado.

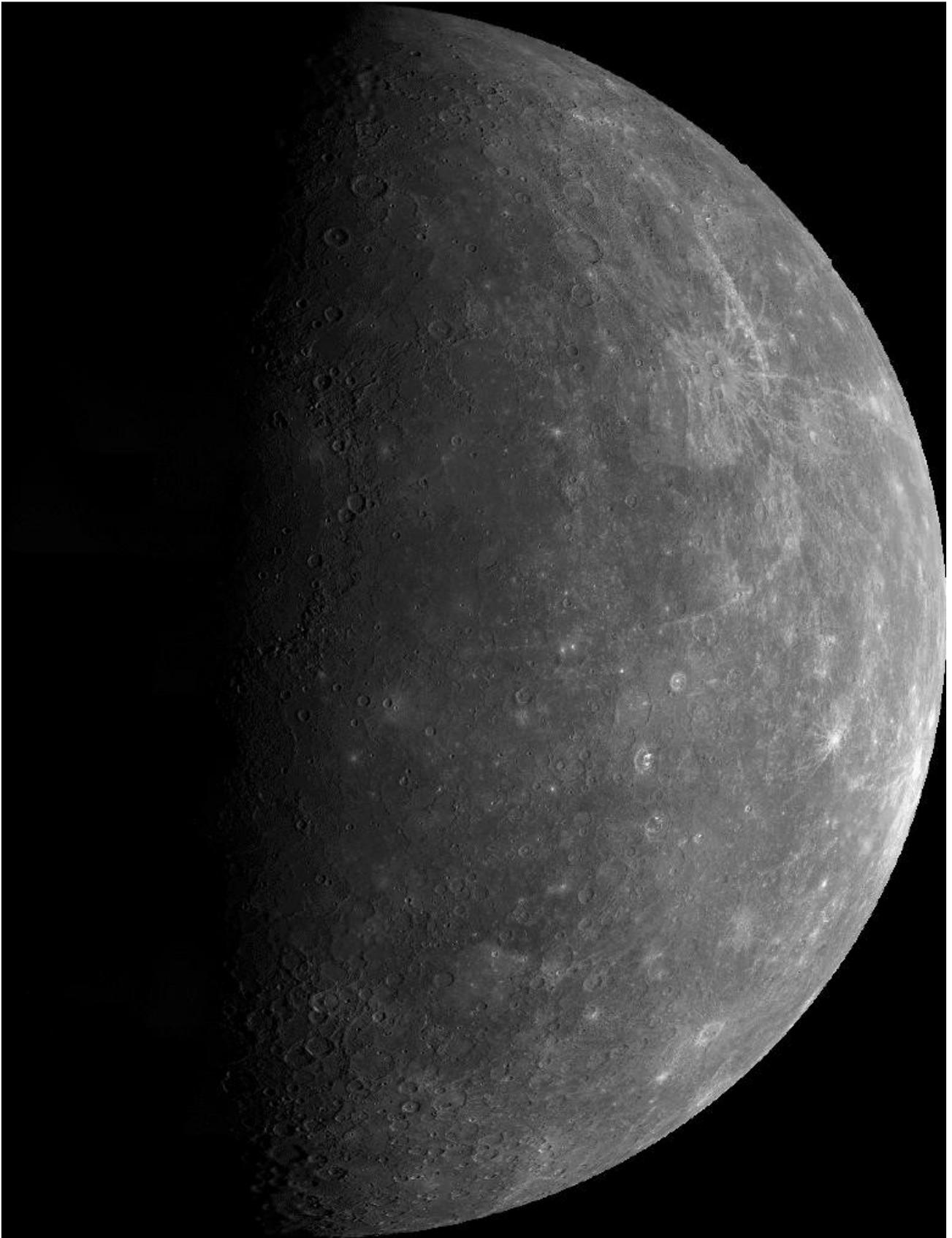
Colección de imágenes



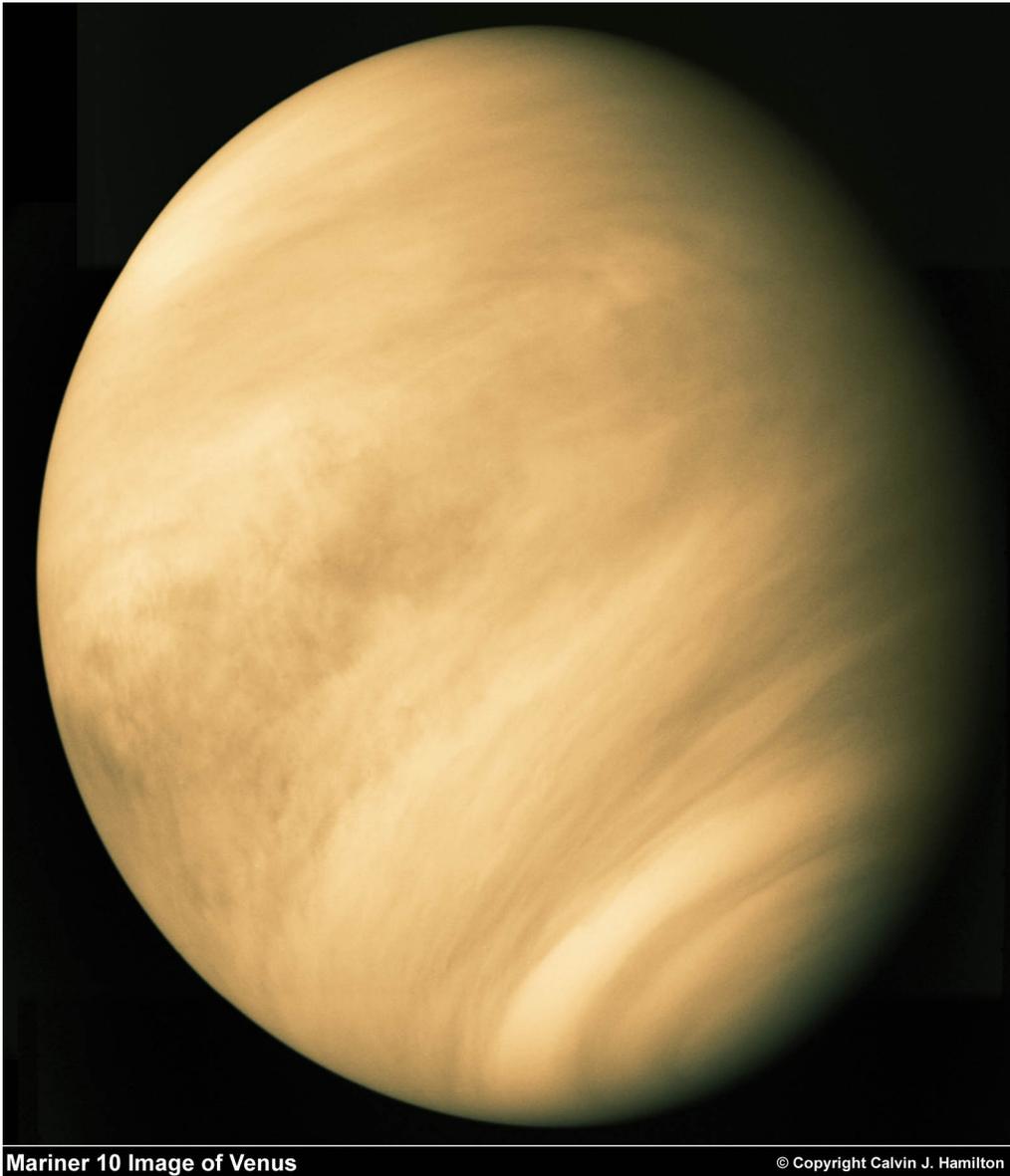
El Sol



La luna



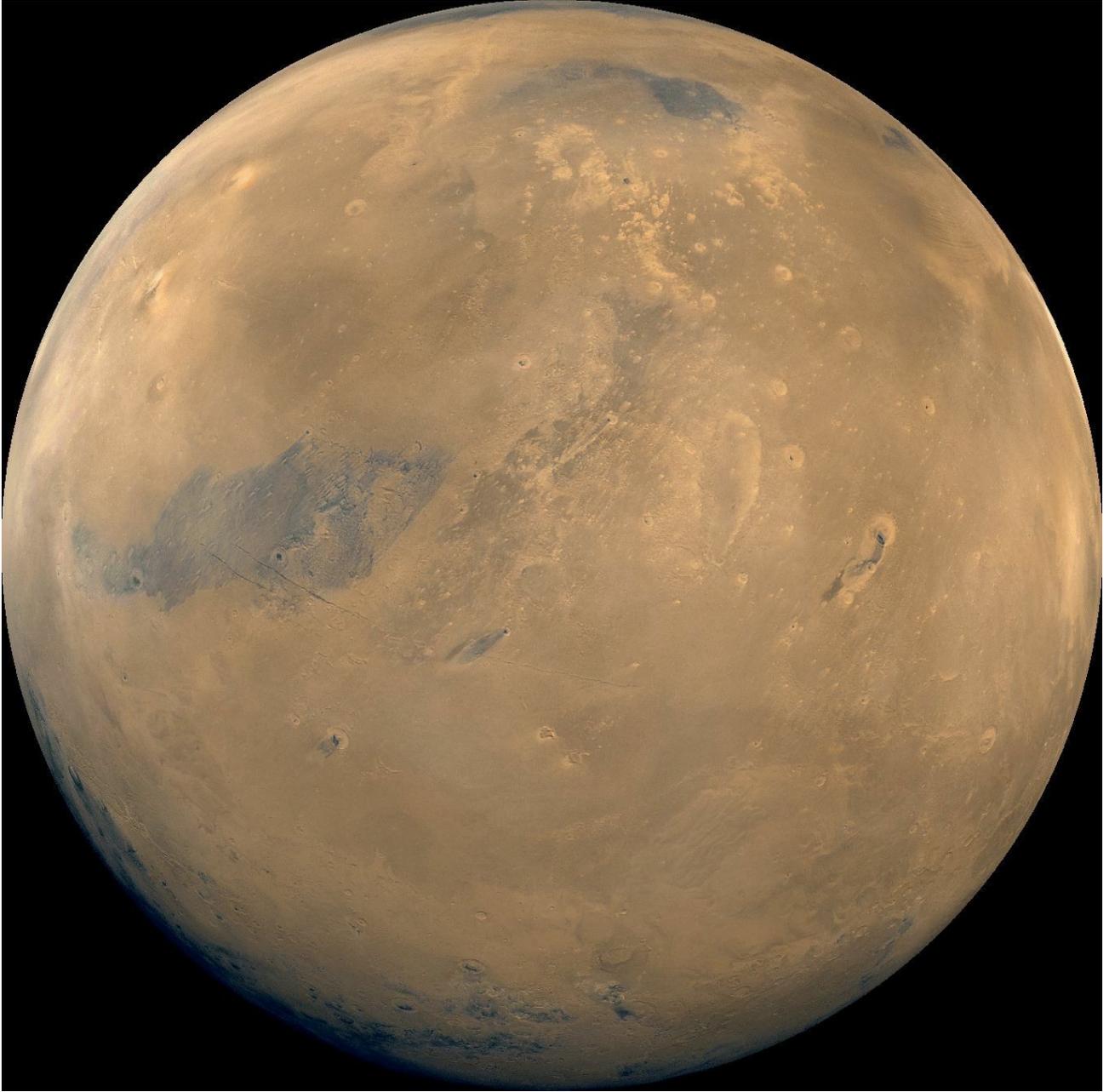
Mercurio



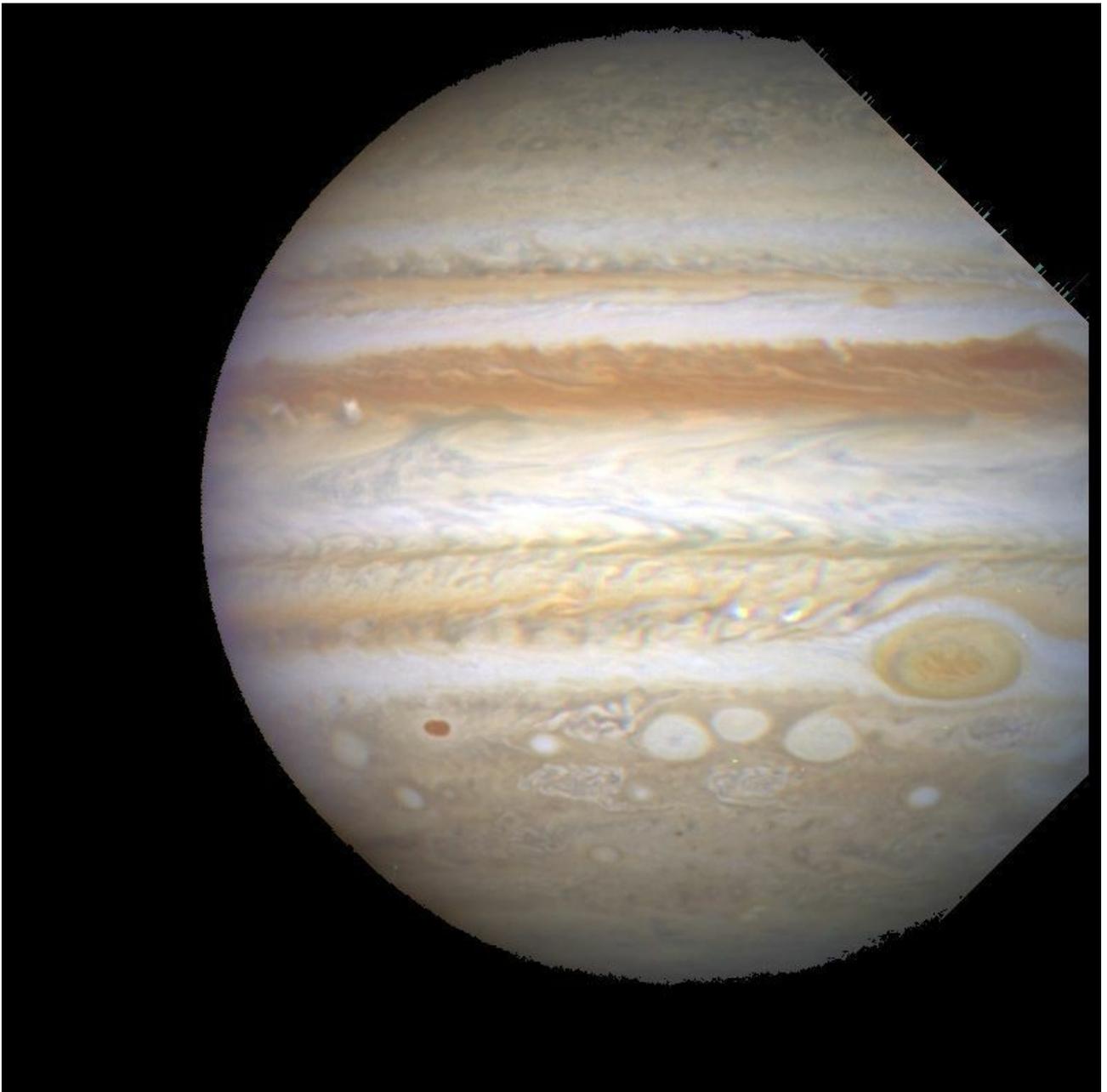
Mariner 10 Image of Venus

© Copyright Calvin J. Hamilton

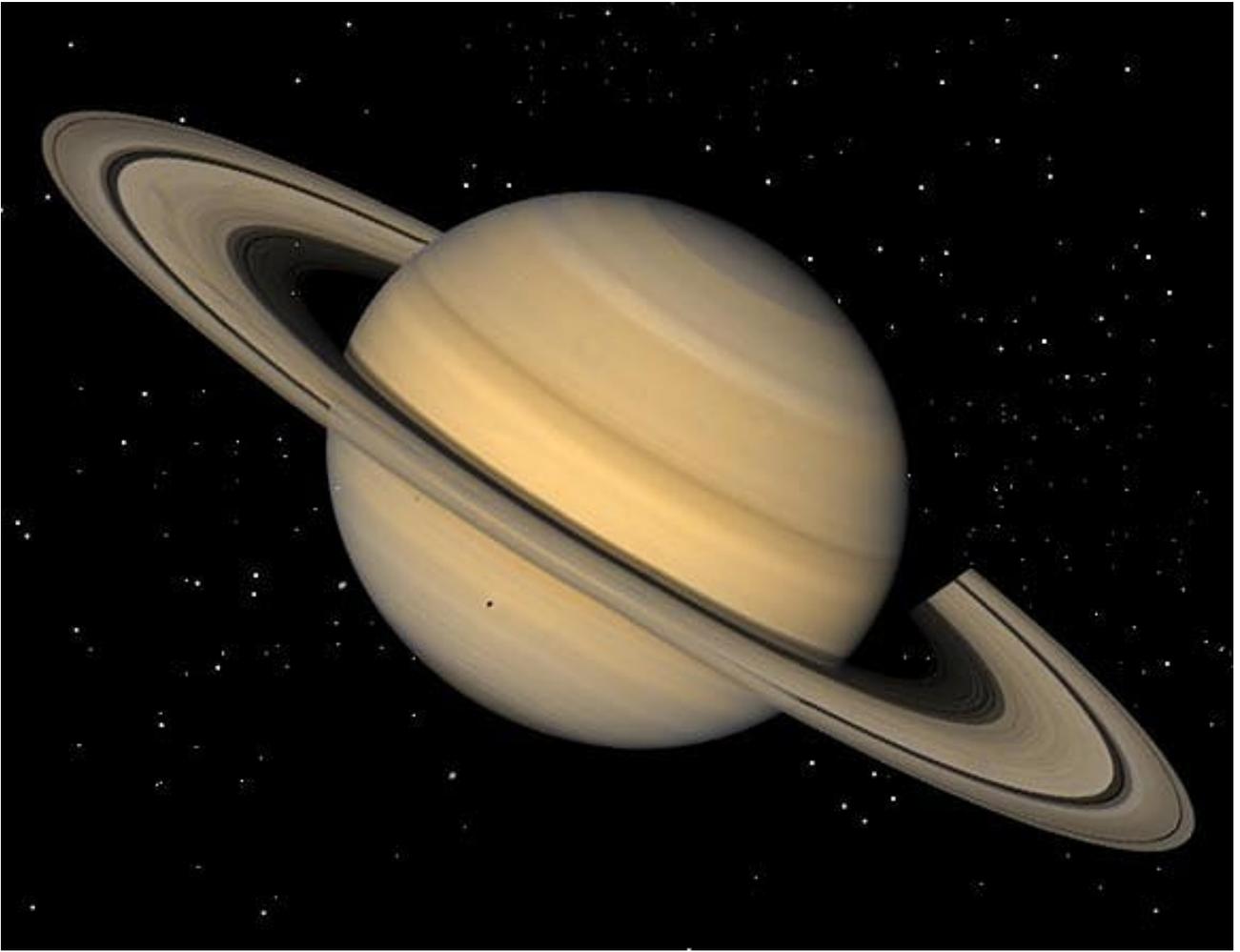
Venus



Marte



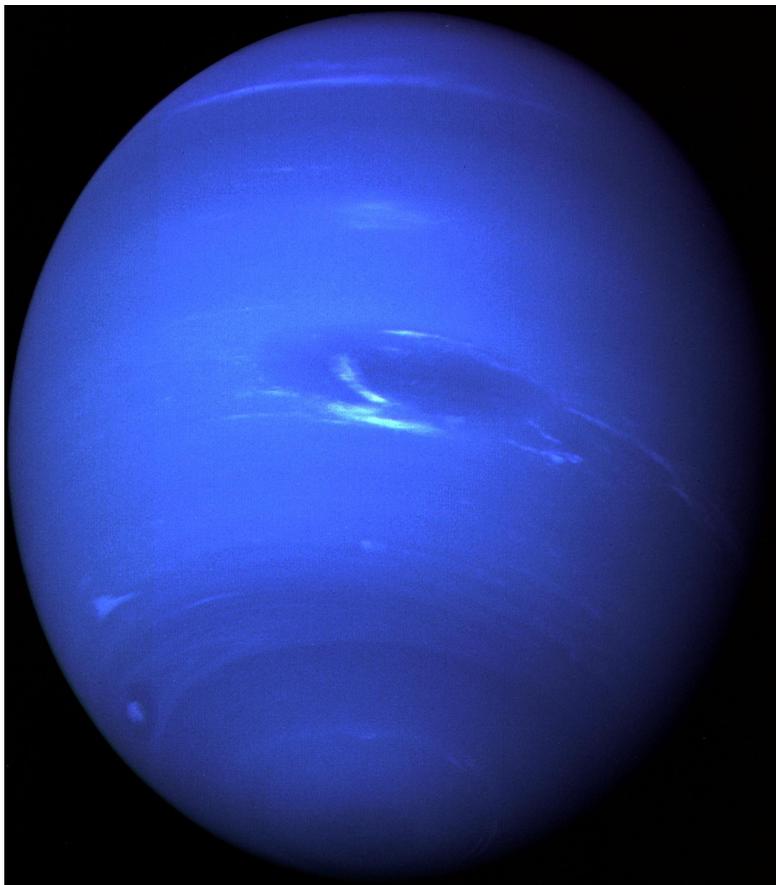
Júpiter



Saturno



Urano



Neptuno